

CRISIS AUTORIAL Y EXILIO. MAX AUB, FRANCISCO AYALA  
Y LA RESPONSABILIDAD DEL ESCRITOR  
EN LOS AÑOS CUARENTA

Fernando Larraz

*Universidad de Alcalá*

Orcid: <<https://orcid.org/0000-0002-5832-0694>>

En este trabajo, me propongo examinar cómo afrontaron los escritores españoles nacidos a comienzos del siglo xx una profunda crisis autorial como consecuencia de su experiencia de la guerra y del exilio. Me fijaré en dos casos, el de Max Aub y el de Francisco Ayala, que resultan paradigmáticos porque representan cómo se interpretó la situación del escritor exiliado entre las comunidades de refugiados españoles en sus respectivos países de acogida, México y Argentina, y cómo reformularon, desde su posición excéntrica y marginal, la relación entre su práctica literaria y la asunción de una responsabilidad intelectual como consecuencia de un imperativo contraído por el hecho de haber sobrevivido a la guerra civil. De forma concreta, enfocaré mi mirada en dos momentos clave de este proceso: el principio y el final de la década de los cuarenta.

La formación intelectual de Aub y de Ayala, como la de otros colegas de generación, coincidió con intensos debates sobre la definición de la figura del intelectual y su papel como estímulo del cambio y la reforma social. La caracterización de la llamada generación del 98, el impulso institucionista, los ensayos de Ortega y Gasset y de Julien Benda, el advenimiento de las vanguardias, el triunfo de la revolución en Rusia, la Primera Guerra Mundial, el frente intelectual contra la dictadura de Primo de Rivera y la monarquía borbónica, la proclamación de la Segunda República, la expansión del fascismo en Europa, la guerra civil y la derrota... fueron hitos que habían marcado sus

años de formación y que hicieron de la cuestión de la responsabilidad social del escritor uno de los ejes de su conciencia como creadores literarios.

Cuando Ayala y Aub llegan a América, tratan de insertarse en los nuevos marcos de producción intelectual, pero nunca llegan a abandonar un lugar de enunciación anómalo por su condición de exiliados al que no pueden ni quieren renunciar. Desde ese punto, se ven obligados a repensar sus juicios ante viejas cuestiones como la implicación social de su escritura, los modos de relacionarse con la historia, la sociedad y los debates políticos, las vinculaciones entre escritura e ideología, y la adhesión o distancia respecto a los partidos y el Estado.

Pero no solo los exiliados españoles se ven abocados a esta tesitura en los últimos treinta y primeros cuarenta. La progresiva quiebra del humanismo y la profunda sacudida sobre las conciencias que estallará con la guerra mundial llevan a su cenit estos debates dentro de la intelectualidad internacional. Entre otros posibles, nuestra mirada podría enfocar el punto de partida de este proceso en Buenos Aires, adonde Ayala acababa de llegar cuando comenzó la guerra española y donde, en septiembre de ese mismo año de 1936, se celebró el XIV Congreso Internacional de los PEN Clubs. La lectura de las actas de aquella reunión deja claro que, aunque hubo otros, el asunto principal de debate fue la responsabilidad social y política del escritor, expresado de formas diversas y en distintas sesiones. La explícita defensa del fascismo que llevó a cabo la delegación italiana, encabezada por Filippo Marinetti, la apelación a la paz y a los derechos de la persona de la delegación francesa, sobre todo en boca de Jules Romains, y la patética descripción de la situación de los escritores alemanes exiliados expresada por Emil Ludwig transformaron la vieja cuestión teórica en una realidad urgente e insoslayable, objeto de apasionadas discusiones. Ninguno de los actores —quizá con la sola excepción de los intelectuales argentinos que integraban la comisión organizadora— podía ya referirse a la cuestión desde una posición abstracta y teórica. Las palabras con las que Ludwig respondía al discurso filofascista que acababa de realizar Marinetti son muy expresivas en este sentido:

En cada congreso se encuentran delegados que pretenden que los PEN Clubs no tienen nada que ver con la política y que nos debemos ceñir a discusiones académicas sobre nuestra profesión. Casi todos los oradores de ayer han destacado que no tenemos nada que ver con la política, y, sin embargo, todos ellos han hablado

de política. Se nos invita siempre a permanecer en el Edén del espíritu. Permítanme ustedes afirmar que pronto estos hermosos jardines serán rodeados también en otros países por ametralladoras cuyas bocas, por cierto, no mirarán hacia afuera. Los límites entre la política y la literatura, ¿dónde están? [...] ¿Pueden tales asuntos ser indiferentes a un Congreso Internacional de escritores? El deseo de actuar contra la barbarie, para la libertad de la palabra ¿no constituye uno de los principios fundamentales de nuestra asociación? [...] El que hace silencio ante estos problemas será como aquel astrónomo que al cundir una epidemia dijo: «Todo esto no me importa, yo solo me intereso por el Cielo». Desgraciadamente, habrá conseguido la epidemia interesarle también en las cosas de esta tierra (en *XVI Congreso*, 1937: 77-78).

Un segundo hito que deseo rescatar aquí tuvo lugar casi cuatro años después, en mayo de 1940, ya terminada la guerra en España y en los inicios de la guerra mundial en el occidente de Europa. En ese año, se publicó en la revista *The Nation* de Nueva York un artículo del poeta Archibald MacLeish titulado *The Irresponsibles*. Era un texto intencionalmente polémico y radical. Comenzaba así:

¿A qué se debió el que los eruditos y los escritores de esa generación, no obstante haber sido testigos de la destrucción de la actividad literaria y la investigación científica en vastas porciones de Europa, y del destierro, encarcelamiento y asesinato de hombres cuyo único crimen fue la sabiduría y el talento, como asimismo testigos de la gradual aparición en su propio país de análogas fuerzas destructivas con idénticos impulsos, motivos y procedimientos, a qué se debió —repetimos— el que esa generación de eruditos y escritores de los Estados Unidos no hicieran frente a tales fuerzas cuando ello era todavía factible, cuando aún había tiempo y no faltaba terreno en donde afirmar el pie para contrarrestarlas con las armas de la erudición y de la pluma? (1941: 179-180).

En 1926, MacLeish, había publicado un célebre poema, «Ars poetica», en cuyos versos se cifraba la poética modernista de la poesía pura, postulados muy cercanos a lo que en aquellos mismos años habrían suscrito Ayala y Aub:

A poem should be wordless  
 As the flight of birds. [...]  
 A poem should be motionless in time  
 As the moon climbs, [...]  
 A poem should be equal to:

Not true. [...]  
 A poem should not mean  
 But be.

Ahora, sin embargo, en una palmaria rectificación análoga a la de muchos otros intelectuales en todo el mundo, denunciaba la neutralidad, la pureza, la erudición vacía. MacLeish se lamentaba de los efectos del fin del llamado *hombre de letras*, aquel que hacía uso de sus conocimientos no para hacer alarde de sus capacidades movido por el narcisismo, sino para ponerlas al servicio del mejoramiento de la vida de su tiempo, en un momento en el que la autoridad y la competencia del intelectual eran especialmente perentorias.

Hace un siglo, las profesiones del escritor y del *scholar* se aunaban en la profesión única del «hombre de letras», el cual se sentía responsable de todo lo que afectara a la función del intelecto. Era un hombre de integridad de miras y unidad de intenciones, un adalid intelectual que no temía andar solo, defensor consciente del patrimonio común, partidario resuelto de su observancia. Mientras los que hoy practican las profesiones aludidas se han dividido entre sí el mundo de la erudición y el de la creación literaria como si se tratase de estados irresponsables y neutrales, el hombre de letras de antaño se movía tanto en el uno como en el otro como quien recorre un imperio indisoluble.

Se trataba de un hombre de estudio que empleaba sus conocimientos no por hacer alarde de ellos a impulsos de una especie de narcisismo académico, sino con el objeto de contribuir al mejoramiento de la vida de su tiempo. Era un escritor cuyos trabajos no reflejaban una actualidad abstracta e inconexa, sino que iluminaban el presente relacionándolo certeramente con el pasado (1941: 188).

Las exhortaciones de Ludwig y MacLeish son representativas de cómo la historia y, más concretamente, el irracionalismo fascista habían periclitado viejos consensos en torno a la función del intelectual. Muestran una reacción de la figura pública del intelectual y la radicalización del dilema sobre el que tanto se había discutido en los años previos y que en absoluto era inédito para las gentes de letras: adherirse a esa llamada a la movilización ante la crisis de conciencia mundial o mantener su obra ajena a alineamientos políticos, pensando que el trabajo del escritor consiste en tejer influencias más sutiles, indirectas y a largo plazo. Un dilema que tenía un antecedente claro en un libro de los años veinte que había tenido una honda repercusión, *La traición de*

*los clérigos*, de Julien Benda, al que se le daban ahora, al calor del desastre de las guerras, soluciones opuestas. De hecho, en esos primeros años cuarenta, se multiplican definiciones de intelectual que se han hecho clásicas, como la que ofrece Schumpeter en 1943 —«Intellectuals are in fact people who wield the power of the spoken and the written word, and one of the touches that distinguish them from other people who do the same is the absence of direct responsibility for practical affairs» (2003: 147)—, o la del propio Aub en su primera novela en el exilio, *Campo cerrado*, también en 1943, definición que después reformularía y repetiría varias veces: «—¿Qué es un intelectual? / —Un hombre que tiene una relación moral con la política. O para quien la política es un problema moral, si lo prefieres» (1968: 130).

En este contexto debe situarse «El turbión metafísico», título que Max Aub puso a su conferencia en una reunión del PEN Club mexicano en octubre de 1943 y que se publicó poco después en *El Socialista*. Aub, como había hecho Ludwig siete años antes, hace mención explícita del lugar desde el que reflexiona y no elude la influencia que su subjetividad tiene sobre sus palabras. La autoridad de su voz, aun desprovista de poder, se la otorga no tanto la inteligencia, sino la experiencia. Desde tal perspectiva, tanto Aub como Ludwig apelan a una comunidad de vivencias cuya adhesión habilita para formular juicios sobre la función que a esa colectividad de creadores literarios le cabe desempeñar. Si Ludwig había dicho en 1936 que hablaba «en nombre de los escritores alemanes emigrados y exilados», Aub comenzaba su discurso con las siguientes palabras:

Llegué, hace hoy un año cabal, a México. Venía de las altas mesetas del Sáhara, traspasado de cárceles y campos que la ceguera francesa fabricó para nosotros, los españoles. Tuve ocasión, antes, durante y después, de tratar muchos escritores, más o menos adictos a nuestra justa causa y a la luz de sus dichos y conductas quisiera decirlos en las menos palabras posibles cuál es, a mi juicio, nuestro papel en el mundo en el que nos ha tocado formar (1943: 6).

Tal función se basa en rectificar la desconexión de la escritura literaria del resto de prácticas sociales, la separación del escritor y del ciudadano en esferas o campos independientes. Esa desconexión se había revelado moralmente reproducible a la luz de la cruda experiencia padecida. Obsesionado por la culpa del silencio y del encierro en esferas herméticas del artista —una forma

de *Morir por cerrar los ojos*, título de la obra de 1944 con que Aub caracterizó la culpable actitud de la sociedad francesa y que podría hacer extensible a cualquier forma de ejercicio intelectual despreocupado de la realidad inmediata— y ante el *turbión* que había extendido la historia sobre los escritores, Aub proclamó que la experiencia histórica los obligaba a resignarse a una actividad subsidiaria, utilitaria, casi funcionarial:

Duro es nuestro porvenir, pero no por eso deja de serlo. Posiblemente nuestra misión no vaya más allá que la de ciertos clérigos o amanuenses en los albores de las nacionalidades: dar cuenta de los sucesos y recoger cantares de gesta. Labor oscura de periodistas alumbradores. Nunca más lejana una época dorada de las letras. Llega al poder una nueva capa que no puede colegir de buenas a primeras la calidad o lo auténtico. Y, querámoslo o no, nos toca servirla (1943: 6).

Aquella conclusión de la «época dorada de las letras», o del «Edén del espíritu» de los que hablaba Ludwig, implica la ilegitimidad de cualquier concepción idealista del escritor y del artista como creador de realidades autónomas del mundo concreto en el que viven. Los escritores de su tiempo se enfrentaban a un trabajo singular, que depura la creación artística de cualquier resto de idealismo y se enfrenta al desdén aristocrático frente a lo mimético y factual. Aub se enfrenta así a la concepción esteticista, autónoma, deshumanizada, intrascendente, deportiva y hermética de la creación artística que había defendido Ortega en 1925 en *La deshumanización del arte* y en *Ideas sobre la novela*, referencias que son tomadas por muchos exiliados como antagonista más claro para formular sus propuestas estéticas. Para Aub, este antagonismo —es importante insistir en ello— no es solo estético y moral, sino que deviene de una necesidad casi natural derivada de la propia biografía.

En este sentido, Ludwig, MacLeish y Aub coinciden en proclamar una etapa de la cultura en la que la fuerza de los hechos impone el ejercicio de la denuncia contra los ataques a los valores del humanismo, misión que no es opcional, sino fatal. El escritor se ve inevitablemente condenado a ser —antes que nada— sujeto histórico, sin posibilidades alternativas intermedias entre el ejercicio de su responsabilidad y el silencio y el anonadamiento. Se vive una época de obligaciones y deberes perentorios e inaplazables, tiempo para los creadores de menesterosidad artística, de restricción del genio individual

y de consagración a una actividad ancilar al servicio de un bien común. En este contexto, no se trata de exaltar al escritor por su naturaleza mesiánica y redentora, sino consentir en una rebaja de su aura y resignarse a ella. Los acontecimientos han aminorado la condición autorial y la han rebajado a la de mero testimoniador que relata aquello de lo que ha sido testigo para conjurar su olvido. Quienes han sufrido destierros, han presenciado el levantamiento de campos de concentración y genocidios, y conocen los males de las guerras y el peligro de los totalitarismos no pueden tener otra alternativa estética que incorporar de alguna forma su experiencia a su obra o bien condenarla a la falsificación. Han sufrido un menoscabo en su poder social ante el empuje de los ejércitos, pero no deben, bajo ninguna razón, renunciar a ejercer su autoridad haciendo uso de la reflexión pública a través de su obra de creación.

Tal responsabilidad es, en cierto modo, una condena, la de restringir su escritura a la condición de alegato, y su estatuto al de periodistas, amanuenses o escribas, estratos inferiores del arte, lejos de la condición cuasi divina del creador y manteniendo la independencia de pensamiento de la que deriva su autoridad pública. Tal como Aub la proclama en su artículo, la literatura se torna utilitaria: sirve de elucidario para sacar de la inopia a las clases rectoras del presente y del futuro, desprovistas de la revelación que ha supuesto la experiencia histórica del mal para quienes la han padecido.

Hay que hacer hincapié en que el texto de Aub, al igual que los de Ludwig y MacLeish, focaliza su atención en las implicaciones ideológicas que sobre la figura autorial tienen los textos que se ven obligados a producir. Los tres abstraen la cuestión puramente formal, lo que nos permite hipotetizar que la responsabilidad por la que abogan no implica la formulación de una retórica determinada, de un modelo de escritura en el que se canalice su apuesta por el realismo. El foco está puesto sobre la actitud del escritor; sobre su lugar en el mundo y la coherencia entre este y su escritura. En definitiva, Aub aboga por una nueva literatura ilustrada que cobra un sentido educativo y cuyo valor último reside en el valor de verdad que ayuda a revelar para que su experiencia no se pierda en el olvido y sirva de advertencia a futuras generaciones. Esta perspectiva es, en gran medida, representativa de la comunidad republicana española en México. Juicios análogos son, de hecho, recurrentes en la prensa del exilio en ese país, en el que los escritores exiliados mantu-

vieron una considerable cohesión en torno a su labor de resistencia frente a la dictadura franquista y el fascismo internacional, y la llevaron a la práctica a través de una ingente producción de libros, revistas, planes editoriales y de otras acciones culturales.

Distinto, al menos parcialmente, es el caso de Argentina. Allí, la publicación del ensayo manifiesto de MacLeish «Los irresponsables» tuvo una gran repercusión entre la comunidad del exilio español. Exiliados como Guillermo de Torre (1941) y Ángel Ossorio y Gallardo (1943) publicaron reseñas en las que comparaban explícitamente los distintos sentidos de las denuncias de traición por los intelectuales hechas por MacLeish y por Benda en sus respectivos trabajos con más de una década de diferencia. En sus juicios, se evidencia una renuencia mucho más clara que la de Aub a separarse de la condición clerical del escritor que, siguiendo a Benda y Ortega, había caracterizado a la intelectualidad burguesa española de los años veinte y treinta.

En Buenos Aires, la noche del 14 de julio de 1941, la tertulia de la revista *Sur*, en casa de Victoria Ocampo, se dedicó a discutir el texto de MacLeish. Participaron en la discusión, entre otros, Patricio Canto, Carlos Alberto Erro, Roger Caillois, María Rosa Oliver, Pedro Henríquez Ureña, Eduardo González Lanuza, Carlos Cossío, Angélica Mendoza, Germán Arciniegas y la propia Ocampo. También dos españoles exiliados en Argentina: Francisco Ayala y Lorenzo Luzuriaga. El elenco es muy representativo de la órbita de *Sur*: miembros de una intelectualidad burguesa, progresista y antifascista, cosmopolita y academicista. Por entonces, acababa de publicarse una temprana traducción de *The Irresponsibles* en la revista *Universidad*, de la Universidad Nacional del Litoral, en cuyo comité figuraba Francisco Ayala. El texto formaría parte, también, de una recopilación de ensayos de MacLeish que publicó, el año siguiente, la editorial Losada, a la que también estaba vinculado Ayala, dentro de la colección Cristal del Tiempo.

En aquella velada, cuyas intervenciones fueron transcritas en el número de agosto de 1941 de la revista, Ayala sostenía un punto de vista que después desarrollaría en su libro *Razón del mundo*. Para él, las actitudes acusatorias de MacLeish

supervalorizan las posibilidades del intelectual e incluso su propia misión en la sociedad. El reproche que se ha hecho a los intelectuales de no haber sabido

salvar al mundo de la catástrofe en la que está a punto de naufragar, tiene como supuesto tácito, a mi modo de ver, una posición idealista, una posición según la cual lo que mueve la historia es el pensamiento humano, son los valores del espíritu (Ayala en AA. VV. 1941: 104).

Ayala entiende que la repercusión histórica de las ideas del escritor es escasa, si no nula, ante la efectividad del *hombre de acción*, el político, y de sus medios. Tales juicios parecen ser rescoldos de su viejo orteguismo y de una posición común entre los miembros de la intelectualidad liberal en la España anterior a la guerra. Consiguientemente, Ayala es escéptico ante los efectos prácticos y concretos de las aportaciones que los escritores puedan hacer en el campo político o social. Para justificar estos juicios, Ayala procede a una lectura parcial de la fuente comentada. Si se observa con atención el texto de MacLeish, se descubre que, al igual que Aub o Ludwig, cuando apela a la responsabilidad del escritor, no coloca en sus manos ninguna potencialidad redentora. Por responsabilidad, MacLeish entiende más bien la obligación moral de anudar su imagen pública a una causa y participar en una lucha colectiva sin necesidad de situarse en una posición superior. Nuevamente, la imagen aristocrática de la intelectualidad que había representado Ortega halla eco en las palabras de Ayala, que ignora posiciones de izquierdas sobre la comunión entre el escritor y el pueblo.

La dicotomía semántica de la palabra *responsabilidad* —como obligación y como capacidad— contribuye a la confusión. Es una diferenciación análoga a la que hay entre autoridad y poder. En este punto, resulta de interés ver cómo se contraponen los juicios de Ayala y Aub. Para Ayala, cualquier movilización del intelectual en favor de una causa histórica asume como axioma el poder casi mágico, idealista, de la razón y la palabra. Al no verificarse las consecuencias de este poder simbólico ante el poder fáctico, el escritor puede desembarazarse de compromisos y exculparse de dejadez o de neutralidad. Hay en este posicionamiento una notable dosis de escepticismo: no es responsabilidad del escritor enfrentarse a la violencia porque no está en su mano la posibilidad de vencerla. Para Aub, en cambio, aun reconociendo que son escasas las posibilidades de vencer el mal, en la posibilidad de comunicarse libre, abiertamente con un público, reside un imperativo moral de defender la razón y los valores humanos.

El ensayo de Ayala *Razón del mundo* —subtitulado *Un examen de conciencia intelectual*— ahonda en esta idea de la responsabilidad del intelectual a la luz de la experiencia de las guerras recientes —española y mundial—. Se enuncia en la «Introducción», en la que cita, como fuente más directa a Julien Benda y dialoga polémicamente con MacLeish. Ayala renuncia a valorar la actitud de los intelectuales en el presente y opta por llevar a cabo un estudio sistemático de su función. Frente a la inculpación ejercida por MacLeish, Ayala abunda en los argumentos sobre la incapacidad de los intelectuales ante los turbiones de la historia:

Si el mundo está dejado de la mano de Dios, los intelectuales son los primeros en sufrir las consecuencias de ese abandono espantoso. Antes de atacarlos en sus vidas concretas, ya el desbarajuste de la situación los hiere en su condición misma de intelectuales: el pensamiento queda paralizado, sumido en la contradicción y el desconcierto, caído en una rara esterilidad, cuando no suplantado por un ficticio razonar a impulso de los estímulos suscitados por el espanto. ¿O acaso se cree que la infecundidad intelectual de nuestros días se debe a negligencia, o a un malvado capricho de los intelectuales? No es sino que la crisis destruye los supuestos mentales sobre que se venía elaborando la cultura, y hay que aguardar a que, en el curso de la crisis misma, se produzca la coyuntura de factores capaz de condicionar o determinar acaso un pensamiento nuevo, un nuevo sistema de principios y de valores sobre el que se reorganice nuestra existencia, y sobre el que se asiente la producción intelectual que pudiera llamarse normal. [...] No es una simple cuestión de voluntad. La producción de un pensamiento capaz de orientar a la sociedad caída en crisis no depende de los intelectuales (1944: 108).

Para Ayala, el intelectual no es ni debe ser productor de cambios, ni alumbrador de conciencias, sino que su obra debe interpretarse como un síntoma, consecuencia de un clima dominante. Su planteamiento es claro: allí donde MacLeish acusa de *irresponsabilidad*, Ayala, siguiendo a Benda, responde que el escritor es incompetente. La historia, las injusticias, la violencia política son ajenas a las competencias del escritor y al alcance de su obra. Ser consciente de ello no convierte a un escritor en irresponsable, sino que evidencia su realismo. Es una posición opuesta a la de Aub, quien asume que la responsabilidad no es eludible. Para él, no se trata de calcular cuántas posibilidades tiene un escritor de enfrentarse a la historia y a su constante generación de

víctimas y de vencedores. La propia historia, consecuencia del «turbió me-tafísico» previo, los ha arrancado de cualquier posibilidad de neutralismo; ha suprimido cualquier perspectiva de observación externa y los ha introducido como víctimas —reales o virtuales— en el campo de la historia: es su propia palabra libre la que está en riesgo y debe ser defendida.

Esta distinción se puede entender a la luz de la fractura que, durante la guerra española, se había producido entre intelectuales combatientes por un lado y, por el otro, un antifascismo más intelectualizado que observaba la contienda desde fuera de España. Fueron debates y controversias como las que enfrentaron a José Bergamín y Victoria Ocampo o a Antonio Sánchez Barbudo y Guillermo de Torre, por poner solo dos casos conocidos. Al igual que Ludwig o Aub, los jóvenes escritores que permanecieron en España reaccionaron con energía ante cualquier posición de tibieza, propia de lo que dieron en denominar «intelectualidad burguesa». Sirva como ejemplo de ello el iluminador artículo que, en plena guerra, publicó María Zambrano con el título «La libertad del intelectual»:

El asco del intelectual —del intelectual típico— por la masa, el apartamiento de la vida y su impotencia para comunicarse con el pueblo es un fenómeno que únicamente se entiende pensando en la situación social aún más que en la ideología del intelectual. Esta situación es la de su pertenencia a la burguesía, que le apartaba de los problemas vivos y verdaderos del pueblo y le encerraba dentro de un círculo restringido y limitado de preocupaciones, cada vez más indirectas y alejadas de la realidad, cada vez más para «minorías», previamente escogidas, donde no era posible ningún avance efectivo. Encerrados en esta tela de araña, su afán de libertad tenía que resultar falso, candorosamente falso en su comienzo y alevosamente hipócrita al correr el tiempo (1936: 2).

Aquellas palabras se publicaban en septiembre de 1936. Son contemporáneas, por tanto, de las de Emil Ludwig que citaba al comienzo y, en ambos casos, vienen a decir que la amenaza del totalitarismo fascista destruye toda ilusión de escritor individualista, abstraído de la historia material y concreta, y ajeno a la suerte de una comunidad. «Sólo se justifica y vivifica la inteligencia cuando por sus palabras corre la sangre de una realidad verdadera. Pero la verdad es siempre cosa para todos los hombres, por lo menos de muchos, para llegar a ser de todos», dice Zambrano (1936: 2).

Un año después de *Razón del mundo*, Aub publica en México su *Discurso de la novela española contemporánea*, en el que inserta, de forma literal, el texto de «El turbión metafísico». Como su título indica, no se trata de un mero recorrido por autores, movimientos, obras y grupos, sino que contiene una tesis en la que Aub carga contra las derivas antirrealistas, antipopulares e irracionalistas que habían llegado a ser hegemónicas en la novela española reciente. En Ortega y su influencia está, para Aub, la clave de la corrupción del arte de la novela, corrupción que es indisociablemente estética e ideológica. Hasta tal punto lo entiende así que el capítulo 4 se intitula «Fantasmas de la novela y hoyanca de la generación del 31» y Aub lo inicia con el epígrafe «La culpa fue de Ortega». La explicación de la doctrina de Ortega sobre la novela queda encuadrada dentro de una tendencia, de una narración coherente a partir del subjetivismo iniciado por los escritores de la generación del 98: «Con ello se cerrará la dramática afirmación subjetiva y estética planteada en España por la generación del 98. El estilo vendrá a ser el mundo y su representación. Con lo cual la realidad pierde definitivamente —por el momento— sus contornos para recrearse, no en la imaginación consciente, sino en la expresión, sin límites para lo arbitrario» (1945: 76).

A lo largo de la década de los cuarenta, las notables diferencias sobre la responsabilidad del escritor entre Aub y Ayala se fueron matizando. A ello ayudó la masiva difusión de la obra de Sartre en la posguerra mundial. Las editoriales Sur y Losada tradujeron enseguida sus obras. Ayala vio en el cambio del Sartre existencialista al Sartre comprometido una interpelación tan relevante como la que había sido MacLeish unos años antes. Se ve, por ejemplo, cuando reseña la novela de Elio Vittorini *Uomini e no*, de 1948, en la que explicita su posición:

Esa cuestión acerca de la independencia o el enrolamiento del escritor que tanto se ha venido discutiendo en los últimos decenios, reducida por lo común a términos de literatura «esteticista» —el arte por el arte, con su implicación de «torre ebúrnea»— o, por contra, literatura «social», proletarista y aun partidaria, ha sido sacada recientemente del claro aunque falso dilema por el planteamiento de Sartre, cuya fórmula, sin embargo, me parece desdichada en extremo. Predicar el *engagement* del escritor es algo que ha de sonar en los oídos habituados a aquella simple contraposición como si se estuviera exhortando a tomar partido y cumplir la tarea literaria dentro de consignas impuestas por las autoridades políticas;

a enrolarse y aceptar una obediencia. Cuando, en verdad, el *engagement* de [*sic*] que habla Sartre se remite a su concepción filosófica, y supera el dilema victoriosamente, restituyendo al hombre de letras su dignidad, que no es otra, ni más ni menos, que la dignidad del «hombre», la del hombre en su esencia y plenitud, bien que aplicada para él a su propio ejercicio profesional. Ese *engagement* no es, en definitiva, sino el uso de la libertad, la asunción de las responsabilidades de la vida, el compromiso ineludible con la vida misma, todo lo contrario, en fin, de la abdicación, abnegación y renuncia del enrolamiento consecuente (1972: 1269-1270).

De forma expresa, Ayala parece manifestarse aquí en contra de una literatura deshumanizada, lo cual es una forma de asumir una responsabilidad —«asumir las responsabilidades de la vida»— desde la independencia respecto de cualquier alineamiento político. En estos años, Ayala declara en varias ocasiones algo que antes había eludido y que ilumina la emergencia de un cambio, o al menos, de un matiz, respecto de sus posiciones previas: como escritor no se puede escribir como si no hubieran pasado una guerra civil y una guerra mundial, holocaustos y exilios, mutación para la que puede hipotetizarse la influencia sartriana. En este sentido, el proemio a *La cabeza del cordero*, fechado en abril de 1949, es muy claro:

¿Quién no recuerda la tónica de aquellos años?, aquel impávido afirmar y negar, hacer tabla rasa de todo con el propósito de construir —en dos patadas, digamos— un mundo nuevo, dinámico y brillante. Se había roto con el pasado, en literatura como en todo lo demás; los jóvenes teníamos la palabra: se nos sugería que la juventud, en sí y por sí, era ya un mérito, una gloria; se nos invitaba a la insolencia, al disparate gratuito; se tomaban en serio nuestras bromas, se nos quería imitar... El balbuceo, la imagen fresca, o bien el jugueteo irresponsable, los ejercicios de agilidad, la eutrapelia, la ocurrencia libre, eran así los valores literarios de más alta cotización (1949a: 8).

En esta evocación resuena aquella caduca edad de oro de la que hablaba Max Aub en «El turbión metafísico». Implícitamente, se reconoce un pecado de ingenuidad, de fatuidad y de inanidad, en el que, sin llegar a tales extremos y con muchos matices, hace eco aquel «La culpa fue de Ortega» que Aub había proclamado en su *Discurso de la novela española contemporánea* de 1945. El tiempo verbal utilizado implica a un pasado cerrado en el que «se ensombre-

ció aquella que pensábamos aurora con la gravedad hosca de acontecimientos que comenzaban a barruntarse y yo por mí, me reduje al silencio». «Vino, pues, la Guerra Civil y, para las letras, la dispersión o el aplastamiento» (Ayala 1949a: 10), sigue narrando.

Consecuencia de los nuevos enfoques es su obra narrativa de este final de la primera década de la posguerra, en vísperas de su traslado a Puerto Rico, compuesta por los cuentos de *Los usurpadores* y de *La cabeza del cordero*. Al final del proemio antes citado, Ayala revela haberlos escrito como fruto de una necesidad surgida de la experiencia: «responden, como se ve, estas nuevas invenciones literarias mías a la experiencia de la Guerra Civil». Dicha necesidad se sintetiza en el desempeño de la función de usar la experiencia para «alumbrar» —por tomar el término usado por Aub— a esas «capas de poder» que no pueden distinguir lo auténtico. En el caso de Ayala,

[n]os ha tocado a nosotros sondar el fondo de lo humano y contemplar los abismos de lo inhumano, desprendernos así de engaños, de falacias ideológicas, purgar el corazón, limpiarnos los ojos, y mirar al mundo con una mirada que, si no expulsa y suprime todos los habituales prestigios del mal, los pone al descubierto y, de ese modo sutil, con solo su simple verdad, los aniquila.

Esta verdad acendrada en un ánimo sereno después de haber bajado a los infernos constituye, de por sí, literariamente, una orientación, y un saber *qué*, que faltaba lamentablemente cuando la gente sabía demasiado bien *cómo*; una orientación, digo; que el logro dependerá de las facultades y fortaleza espiritual de cada uno. Yo, por mí, he sentido el apremio de dar expresión artística a aquellas graves experiencias, y me he puesto a hacerlo con una gran seguridad interior, con la misma firme decisión que antes, en tiempos turbios, me hizo eludir la tarea literaria en su aspecto creador (1949a: 17).

Ahora sí se escribe desde esa primera persona que obstinadamente había sido omitida en textos previos y que conlleva una reivindicación autorial de la legitimidad de quienes han vivido tiempos turbios y deben, por su condición de escritores, desvelar a quienes los desconocen, su último sentido.

Este texto coincide con otro publicado apenas unos meses antes en la revista mexicana *Cuadernos Americanos*, en cuyo título Ayala reincide en esa primera persona del testigo: «¿Para quién escribimos nosotros?». Es una lúcida reflexión acerca de la escritura de posguerra. El «nosotros» se refiere a

los escritores españoles, tanto quienes han quedado dentro de España como quienes se han exiliado. Buen conocedor de la literatura peninsular de posguerra, Ayala constata la imposibilidad bajo el franquismo de una literatura que dé cuenta de la realidad:

Mas ¿quién osa ahí expresar realidad alguna? ¿qué escritor hay capaz de hablar a la nación? Orondos, los que nada tienen que decir dan rienda suelta a la pluma majadera, y explayan a sus anchas la nonada; solo ellos están en su elemento y expresan, aunque sin pretenderlo, la ambiente realidad al exteriorizar su vacío. Y quien, entretanto, apremiado por su personal intimidad, tome la pluma para comunicar algún pensamiento o sentimiento original, tendrá que hacerlo, mediante recelosos desvíos, escribiendo con la cara vuelta... (1949b: 38).

Ante tal situación en la que se ve sumida la literatura española bajo el nuevo régimen, la literatura del exilio se ve obligada a asumir una responsabilidad: la de decir lo que está callado en la España aherrojada, aun a pesar de la quiebra de la comunicación con su público. Vendría a ser algo parecido, con palabras de Aub, a erigirse en «periodistas alumbradores».

Si los textos de Ayala a fines de la década de los cuarenta muestran una evolución, también el pensamiento de Aub se va matizando con el paso de los años. «¿Para quién escribimos nosotros?» se publicó en el número de enero-febrero de 1949 de *Cuadernos Americanos*. En el siguiente número de la revista, el de marzo-abril, Max Aub publica una carta abierta a Roy Temple House, fundador y director de la revista *Books Abroad*. En ella, relativiza, casi niega, su vinculación con el existencialismo sartreano anterior a 1947. Le achaca, en contra de lo que después quiso Sartre, los males propios de la literatura irresponsable: la deshumanización, la desrealización de lo humano; irracionalismo, subjetivismo, idealismo, nihilismo, irresponsabilidad, metafísica..., marbetes que se conjugan en una misma estética, y que habían sido para Aub los culpables de la falta de conciencia y de responsabilidad de la literatura española desde la crisis de fin de siglo. Y aclara nuevamente su punto de vista:

Me siento mucho más ligado a otro movimiento de las letras contemporáneas, más claro y normal —y, si usted quiere, heroico— en el que no hay diferencias geográficas ni políticas, donde se encuentran gentes sólo dispares en la apa-

riencia, como lo son, por ejemplo: Hemingway, Malraux, Ehrenburg, Koestler, Faulkner, O'Neill. Gentes que, desde luego, a pesar de sus esfuerzos, no pueden pasar de reflejar la época. Con fe distinta, pero con fe. Un poco al modo de los cronistas de la Alta Edad Media, que tampoco debían ver muy claro el futuro. Creo que el valor del hombre está en la relación de él y las cosas, y no en él y en las cosas. Es decir, que lo único que cuenta para mí, es la síntesis. Que, al fin y al cabo, es la inteligencia, la dignidad que acerca el hombre al hombre. Y si se empeñan en hacerme existencialista, séalo de esa cuerda (1949b: 55).

Se trata de una literatura responsable aunque escéptica, una literatura que manifiesta una fe humanista muy relativa, pero necesaria para garantizar la dignidad de la persona. Para realizar la vinculación entre responsabilidad, literatura y memoria, Aub recupera la imagen de los cronistas medievales, a la que ya había recurrido en «El turbión metafísico», pero aboga ahora por un tipo de misión más general, menos derivada de coyunturas particulares y, por eso, más trascendente y perdurable en el tiempo. Si, en Ayala, la evolución había llevado el signo de una progresiva asunción de responsabilidades derivadas de la experiencia vivida, en el caso de Aub, se trata de una relativización del caso concreto —guerra de España, derrota, campos de concentración, exilio— para asumir una condición más universal, que aborde valores universales para conjurar enemigos también universales, como el mal, la violencia y la injusticia. Su declaración estética termina así:

O la historia tiene sentido, o no lo tiene. O el hombre, por el hecho de serlo, tiende y va hacia su fin por medio del progreso, o, por el contrario, las generaciones se siguen sin fin y sin fin alguno. Creo, con toda razón, en lo primero, base indestructible de mi optimismo y de mi repudio de esa filosofía existencialista que tuvo tantos capitanes y a Spengler por profeta. Creo, lo repito una vez más, en el progreso, en el arte y en la amistad. Hubo muchas épocas en la historia en que el hombre no sabía hacia dónde caminar; no por eso dejó de andar y ver, ni de contar lo que veía para que sirviera a los demás. No importa que el horizonte esté hoy cerrado; ya amanecerá. El hombre es cada vez más rico de pasado, las catástrofes son eventuales y el afán de justicia, eterno (1949b: 60).

Max Aub y Francisco Ayala, notablemente distanciados al comienzo de sus exilios en torno a la cuestión de la responsabilidad del escritor, fueron acercando sus posiciones y matizando sus divergencias a lo largo de la prime-

ra década de destierro. Es algo común a muchos escritores del exilio: la extensión de la posguerra y la creciente incertidumbre en torno al regreso tienden a suavizar diferencias. Con los años, la autoidentificación como escritores en los márgenes del sistema nacional incrementa la cohesión de su pensamiento en torno a la asunción de sus obligaciones hacia la causa del humanismo y la libertad. Ambos han atravesado una profunda crisis en la que han sometido a revisión —revisión de urgencia, provisional— una experiencia traumática y han llegado al convencimiento de que su experiencia solo puede adquirir sentido a través de la escritura y de la independencia intelectual, que solo se justifican cuando se ejercen. Las antiguas confrontaciones entre vanguardia estética y vanguardia política, entre literatura deshumanizada y literatura de avanzada quedan por fin superadas en una síntesis impuesta por los hechos.

Todo ello se ha desarrollado en un contexto de alejamiento de su público, de su medio intelectual y de su nación. También en contacto estrecho con la intelectualidad americana, en países —Argentina y México— en los que la vida intelectual era muy diferente y donde las comunidades del exilio divergían en su fisonomía y cohesión. Súmense a ello las diferencias de carácter, de ideología y de inclinación estética entre Aub y Ayala. Pero la incidencia de estas variables ha tendido a difuminarse. Este hecho permite plantear la hipótesis de que el exilio literario, como posición intelectual, llevó a sus miembros a una progresiva coincidencia, más allá de las muchas disputas y controversias personales, una vez enfriados los ímpetus de la primerísima posguerra y estabilizado el régimen que los había expulsado del país, igualándolos en su condición de exiliados perpetuos.

## BIBLIOGRAFÍA

- AA. VV. (1937): *XIV Congreso Internacional de los P.E.N. Clubs, 5-15 de septiembre de 1936: discursos y debates*, Buenos Aires: G. J. Pesce y Cía.
- (1941): «Debates sobre temas sociológicos. Comentario a “Los irresponsables”, de Archibald Mac Leish [sic]», *Sur*, 83 (agosto), 99-126.
- AUB, Max (1943): «El turbión metafísico», *El Socialista*, 18 (diciembre), 6.
- [1943] (1968): *Campo cerrado*, Xalapa: Universidad Veracruzana.
- (1945): *Discurso de la novela española contemporánea*, Ciudad de México: El Colegio de México.

- (1949): «Una carta», *Cuadernos Americanos*, 43.2 (marzo-abril), 53-61.
- AYALA, Francisco (1944): *Razón del mundo. Un examen de conciencia intelectual*, Buenos Aires: Losada.
- (1949a): *La cabeza del cordero*, Buenos Aires: Losada.
- (1949b): «¿Para quién escribimos nosotros?», *Cuadernos Americanos*, 43.1 (enero-febrero), 36-58.
- (1972): *Obras completas. Los ensayos. Teoría y crítica literaria*, Madrid: Aguilar.
- MACLEISH, Archibald (1941): «Los irresponsables», *Universidad*, 9, 179-194.
- OSSORIO Y GALLARDO, Ángel (1943): «La trahison des clercs», *Cuadernos Americanos*, 9.3 (mayo-junio), 17-21.
- SCHUMPETER, Joseph [1943] (2003): *Capitalism, Socialism and Democracy*, London: Taylor and Francis.
- TORRE, Guillermo de (1941): «¿Cuál es la traición de los intelectuales?», *El Nacional* (Ciudad de México), suplemento cultural (14 de diciembre), 3.
- ZAMBRANO, María (1936): «La libertad del intelectual», *El Mono Azul*, 3 (10 de septiembre), 2.